



Problemática General

ALGUNAS IDEAS SOBRE LA MODERNA SOCIOLOGIA DE LA CIUDAD

Por Amando de Miguel

Presentación

Este es un trabajo divulgador y de síntesis de algunas de las ideas que imperan entre los cultivadores de la Sociología urbana, la mayoría de las cuales son patrimonio común de otros cultivadores de lo que podríamos llamar ciencia de la ciudad. Estas páginas se apoyan y son complemento de otras más detalladas y precisas que dan cuenta de las investigaciones que en este momento realizan los sociólogos españoles sobre la estructura urbana de nuestro país (1). No voy ahora a resumir, criticar o continuar esas

(1) Aparte de la bibliografía que luego se cita, remito al lector a las siguientes obras empíricas más recientes:

- F. Foessa: *Informe sociológico sobre la situación social de España, 1970* (Madrid: Euroamérica, 1970), cap. 18.
- A. de Miguel y J. Salcedo: *Estructura industrial de las regiones españolas* (Madrid: Tecnos, 1971) (en prensa), cap. 2.
- S. Del Campo, J. Díez Nicolás y J. L. Pérez Arnaiz: «Aproximación al análisis de la estructura socioeconómica de las áreas metropolitanas de España», *Revista de Estudios Sociales* (Madrid), núm. 1 (enero - abril 1971), págs. 41-66.
- Juan Díez Nicolás: «Especialización funcional de las ciudades españolas», *CIUDAD Y TERRITORIO*, núm. 1/71, págs. 9-33.

investigaciones detalladas, sino a suscitar cuestiones generales o de concepto que puedan dar pie a una discusión más amplia sobre la materia. Creo que puede ser útil conocer algunos de los supuestos teóricos de que parten los sociólogos actuales.

Desde hace algunos años vengo tratando el tema general de la *estructura social española* desde todos los ángulos y en todos los tonos posibles. Cada día me preocupan más y veo que son más necesarios los aspectos de *localización espacial*, es decir, los que conducen a una relevancia cada vez mayor del tema de *la ciudad*.

Me impresionó mucho la dedicatoria que me puso Román Perpiñá a uno de sus trabajos, recordándome precisamente que «no hay familias, sino hogares», esto es, que los grupos y las instituciones deben calibrarse en una sociedad concreta, en el espacio específico a que pertenecen. Desde una original perspectiva marxista, Lefèvre considera a la ciudad como el espacio donde tiene lugar la moderna lucha de clases.

Esto no quiere decir tampoco, en el otro extremo, deificar la ciudad y presentarla aislada de otros elementos institucionales, normativos, de la estructura social. Ese aislamiento es operación demasiado superficial. Hoy en día empiezan a acordar algunos sociólogos que la *Sociología urbana* tradicional se acomode más bien al

análisis de lo que podría ser una *Sociología de la sociedad industrial* o como quiera que se denominen las sociedades globales relativamente avanzadas en la reciente evolución socioeconómica. Esto ya estaba iniciado en los trabajos lumineros de Weber o Simmel, pero se olvidó un poco por las urgencias del especialismo académico. Este, a veces, es bueno para transmitir el saber a los estudiantes, pero puede llegar a desviar la trayectoria adecuada de la serie de investigaciones que se necesitan. Desde luego, no es éste el único ejemplo de esa contradicción.

Otro espectacular cambio que se está produciendo ahora en las modernas orientaciones de la Sociología urbana, como consecuencia de lo anterior, es la recuperación del enfoque *macro*. Lo mismo ha sucedido en la llamada Sociología industrial. Del estudio de *una ciudad y una empresa*, hemos pasado a interesarnos por los *sistemas* de ciudades o de organizaciones industriales. El paso contiene una enorme fuerza liberadora de los condicionamientos etnocéntricos, provincianos, vinculados a intereses concretos, que una vez aprisionaron a estas sociologías.

1. El concepto de comunidad

Para entender la estructura de la población urbana o rural es conveniente tener presente el concepto de *comunidad*, de gran tradición en nuestra disciplina. Este implica los siguientes atributos:

1. Una *entidad colectiva*. Los pueblos o ciudades han tenido siempre un nombre propio que constituye un primer símbolo de identificación del conjunto. En el origen de muchos apellidos actuales está la procedencia urbana del fundador del patronímico.
2. Un *elemento territorial* que lo distingue de todas las demás posibles agrupaciones humanas. Por eso sólo en un sentido analógico se puede hablar de la «comunidad médica» o la «comunidad cristiana». En su sentido más estricto, las comunidades inhiere un término espacial.
3. Una *red de comunicaciones* entre los componentes de la comunidad, que los hace por ello «miembros» de la misma. Ni siquiera en la comunidad rural más atrasada y aislada se puede decir que los que a ella pertenecen se han agrupado por azar y se mantienen en mutuo desconocimiento. Tampoco se puede predicar esto de la urbe más populosa.
4. Una cierta *identidad cultural* que se manifiesta en unos usos y tradiciones, normas y valores.
5. Un sentimiento o *conciencia de pertenencia* al grupo territorial, como derivado de todo lo anterior. El tamaño, la densidad de comunicaciones y otros factores determinarán el grado y alcance de esa conciencia.

6. Un cierto impulso de *totalidad*, de tendencia del grupo comunitario a constituirse en una imagen en pequeño de la «sociedad global» y completa (2).

Sobre esta construcción conceptual es posible comprender desde la aldea a la región, pasando por todos los niveles de pueblos y ciudades. En este supuesto la Sociología rural y la urbana no contendrían enfoques tan diferentes e incluso antagónicos como a veces se ha supuesto, sino que serían dos aspectos de una misma teoría general que se podría integrar con la teoría de la comunicación o la ecología.

Con ello se puede corregir además el sesgo, diríamos, *arquitectónico* en que han caído muchos estudios sobre ciudades. Les preocupa más el aspecto de diseño físico, con la esperanza de que esa variable vaya a determinar después la propia estructura humana de la comunidad. No hay que decir que esa esperanza no ha podido ser justificada. Los aspectos ideológicos, la dialéctica campo-ciudad, los elementos culturales e históricos, los factores políticos e institucionales dan cuenta también de la *forma* que adoptan las comunidades.

El estudio de las comunidades, sobre todo las urbanas, presenta otras muchas reducciones, derivadas de múltiples condicionamientos sociales e intelectuales.

Hasta el momento presente, por ejemplo, los tratados y monografías de Sociología urbana más al uso en todo el mundo, apenas van más allá de una descripción del sistema de vida americano, en contraste a veces —como ilustración— con otras sociedades. Conviene ahora empezar a estudiar el fenómeno urbano desde *esas otras* sociedades, en especial de las que ahora se hallan en plena transición demográfica, económica y social. España es un caso pertinente, sin duda.

El hecho que más nos tiene que llamar la atención y excitar nuestra curiosidad intelectual es el del enorme crecimiento contemporáneo de las ciudades. Este es, sin duda, uno de los fenómenos sociales de mayor trascendencia mundial, más costosos y más fascinantes por el ritmo y belleza de los cambios producidos. Pero lo más curioso de este proceso es que no sólo ha sorprendido al llamado «hombre de la calle», sino que los propios sociólogos, los más afamados especialistas algunas veces, no han sabido pre-

(2) Dice Kingsley Davis a este respecto: «La comunidad es el grupo territorial más pequeño que puede abarcar todos los aspectos de la vida social... La comunidad es un grupo lo bastante amplio como para contener todas las principales instituciones, todos los *status* e intereses que componen una sociedad. Es el grupo social más pequeño que puede ser —y con frecuencia es— una sociedad completa... Los fines de la comunidad tienen más características de fines últimos que los de muchos otros grupos». Kingsley Davis, *La sociedad humana* (Buenos Aires: Eudeba, 1965), dos tomos; 1.^a edición en inglés (New York: The MacMillan Co., 1949), pág. 297.

verlo en toda su magnitud (3). Este fracaso profesional supone ya un acicate para acercarnos con ilusión y curiosidad al tema.

2. El continuo rural-urbano

El ideal de muchos sociólogos y antropólogos, al estudiar comunidades concretas, se traduce en el deseo de comprenderlas a lo largo de una escala o dimensión que pueda contener desde la más pequeña y aislada aldea hasta el barrio cosmopolita. El antropólogo Redfield dio fama a la denominación *continuo rural - urbano* con que designó ese ideal. Frente a lo que a veces se supone, el concepto se aplicó originariamente a una sociedad tradicional —la del Yucatán— y no a la estructura norteamericana. Como en tantos otros casos de especulaciones teóricas, nos tropezamos aquí con un ejemplo de lo que Whitehead llamó *misplaced concreteness*, especificación fuera de contexto. El famoso «continuo» vale quizá para una sociedad en transición y reducida a estrechos límites. No es seguro que aparezca del mismo modo en una sociedad global ya desarrollada. ¿Dónde situaríamos los *suburbios* americanos o las *agrociudades* andaluzas en ese hipotético «continuo»? Los sociólogos actuales son un poco escépticos cuando tratan de contestar a preguntas como ésta.

En consecuencia, el *continuo rural - urbano* requiere una definición más precisa y compleja de ambos términos, sujetándolos además a toda suerte de condicionamientos culturales. Hay que evitar para ello el sesgo antropológico —del que naturalmente no se libera Redfield y muchos otros sociólogos— de que la conversión de los pueblos en ciudades significa un proceso de deterioro social, de desorganización, deshumanización, etc. Claro está, que lo contrario tampoco es rigurosamente cierto.

Si definimos a lo urbano como un «modo de vida» (impersonal, heterogéneo, con segmentación de roles, etc.), como lo hizo en un famosísimo artículo Louis Wirth, es fácil que encontremos pequeñas concentraciones de población

(3) Al filo de los años 50, Philip M. Hauser, uno de los más nombrados especialistas en ecología urbana, predijo, por ejemplo, para las décadas siguientes una atenuación en la pendiente de crecimiento de la población de Estados Unidos, una menor tasa de expansión urbana y una tendencia disgregadora o descentralizadora de las áreas metropolitanas. No hay que decir que ninguna de estas tres predicciones se ha cumplido. Véase Philip M. Hauser, «The changing population pattern», en Paul K. Hatt y Albert J. Reiss, Jr., *Reader in Urban Sociology* (Glencoe: The Free Press, 1951), págs. 165-182.

Una opinión igualmente pesimista y equivocada respecto al crecimiento futuro de la población y las ciudades en Estados Unidos la mantiene en la misma obra al gran demógrafo Abram J. Jaffe. Véase su artículo «Population Trends and City Growth», en P. K. Hatt y A. J. Reiss, Jr., *Reader...*, cit., págs. 182-190.

muy «urbanas» (en Dinamarca, por ejemplo) y grandes conurbaciones terriblemente «rústicas» (como es el caso típico y extremo de la India). Incluso sin salirnos de la Península Ibérica encontraríamos, en Guipúzcoa y en Andalucía, ilustraciones de ambos tipos polares (4). Si, por otra parte, utilizamos el criterio más convencional de concentración demográfica, los ejemplos se invertirán para presentarnos el envés de una manifiesta exageración en los dos extremos: los pequeños pueblos industriales guipuzcoanos frente a las agrociudades andaluzas.

La contradicción se resuelve cuando abandonamos el propósito de tener que definir o no como urbana —valga la paradoja— una determinada «ciudad». Lo urbano o lo rural no es algo que se deba predicar de un asentamiento de población, sino de una región entera o, mejor, de una sociedad global en su conjunto. Este es el nuevo y radical enfoque de los estudios más actuales de Sociología urbana, y yo lo he seguido en las últimas investigaciones que he realizado sobre el sistema de las ciudades españolas.

En cierta medida, la distinción urbano - rural en el sentido más clásico deja de ser relevante en los países que llamamos industriales, en la medida en que todos ellos se pueden calificar ya de pertenecientes a una *cultura urbana*. El *continuo* que queda, si es que queda, es entre *distintas* formas de urbanización, residencial o de trabajo, por tipo de especialización de ciudades, por grados de segregación de *status*, por capacidad de expansión, etc. En rigor, ya no son *continuidades* lo que se busca porque nadie puede afirmar de qué lado está la evolución: ¿qué sería más *urbano*, una ciudad turística de nueva planta, como Playa de Aro, o una ciudad profundamente industrial como Sabadell?, ¿es más *urbano* el centro - ciudad de una gran metrópoli o lo son los nuevos barrios residenciales? ¿En un nivel mundial, el modelo final de lo *urbano* se acerca más a Manhattan —todo *downtown*— o más bien a Los Angeles —todo *suburbia* sin *downtown*—? Se ha dicho irónicamente que la utopía urbanística es la «*autopia*» (valga el barbarismo), es decir, el asentamiento diseñado en función del automóvil individual, ¿Pero no hay un cansancio de este modelo? ¿No se dice que los *suburbia* americanos, o algunos barrios residenciales europeos, vuelven a parecerse a los pueblos tradicionales de los que una vez se huyó?

Para poder contestar a todas estas preguntas necesitamos un concepto de ciudad dinámico y vivo. El paisaje urbano no está predeterminado para siempre. El «salón del Prado» madrileño, lo más enaltecedor y representativo del Madrid urbanístico, cumplió una vez el papel de escaparate de la burguesía funcional, terrateniente y financiera que dio su sello a la capital de España; pero nunca más volverá a tener esa función, si la ciudad sigue evolucionando. Por la misma

(4) Kingsley Davis, *La sociedad...* cit., pág. 303.



Algunas ideas sobre la moderna sociología de la ciudad

razón dinámica, las grandes ciudades han dejado de construir catedrales, aunque en este caso el ejemplo histórico se venga, puesto que Madrid y Barcelona sí siguen edificando las suyas. En cambio, los nuevos símbolos ciudadanos empiezan a ser los palacios de deportes, los centros comerciales, o los complejos educativos o sanitarios. En definitiva, con estas nuevas categorías urbanísticas habría unas ciudades que podrían ser consideradas más «urbanas» que otras. Podemos intentar definir, por tanto, el concepto de un *continuo urbano - metropolitano* que forma el verdadero sustrato espacial de las sociedades avanzadas.

Por todo ello, insistimos, lo que hay que hacer es analizar el *sistema de ciudades* que caracteriza a una determinada sociedad global (5). Esta es la manera actual de entender simultáneamente lo rural y lo urbano, como posibles conceptos polares. No es favorecer a uno de los dos polos, pues en todas partes resulta evidente la irreversible tendencia de los espacios a urbanizarse. Es un hecho inevitable el carácter residual que caracteriza a la mayoría de las regiones rurales. Los estudios de Víctor Pérez Díaz entre nosotros lo han documentado de modo definitivo.

En contra de lo que hace algún tiempo se creyó, el fenómeno mundial de la urbanización se puede interpretar cada vez con mayor independencia del hecho original y hasta cierto punto paralelo de la industrialización. Las ciudades crecen hoy a pesar de que los puestos de trabajo en la industria se mantengan en una proporción, e incluso en un volumen, casi constante. Esta situación corresponde a la de muchos países subdesarrollados, típicamente los latinoamericanos. No es tampoco algo enteramente nuevo. Ya se observó en su día cómo la crisis de 1929 detuvo muchos procesos evolutivos de la sociedad norteamericana, pero, en cambio, no consiguió afectar en lo más mínimo la tendencia urbanizadora.

Por todo ello se nos queda hoy pequeño el concepto de lo urbano que dio Wirth en su influyente artículo «Urbanism as a Way of Life» (6). Pertenece este trabajo a un momento formalista de la Sociología —en la mejor tradición simmeliana— que en gran medida ha sido ya superado. Wirth buscaba la forma o manera en que se conducían las personas en el marco físico de las grandes concentraciones de edificios, calles y otros elementos arquitectónicos que hemos convenido en llamar ciudades. En esta operación

abstraía demasiado, por un lado, al considerar como irrelevantes las variaciones culturales e históricas que imponen distintos y contradictorios tipos de urbanismo; pero, por otro lado, concretaba demasiado, al conceder una excesiva relevancia a los aspectos de desorganización de las ciudades norteamericanas en las primeras décadas del siglo. Se le puede objetar que no hay un solo «modo de vida» urbano porque no hay una única «humanidad». De hecho, el formalismo de Wirth acaba siendo puro etnocentrismo, porque sólo se puede aplicar a las ciudades norteamericanas de los años 30. Ni siquiera se puede entrever con su esquema lo que más tarde fue la explosión «suburbial».

Sin embargo, algo quedó para la continuidad científica en el esfuerzo de Wirth, más allá incluso de la belleza conceptual con que se presentó. Queda la idea de ver en la ciudad una *entidad social*, algo que sobrepasa el estricto diseño arquitectónico o incluso la concentración demográfica. Lo urbano es una manera de relacionarse; por eso la sociedad burguesa creó literalmente unas «normas de urbanidad».

Desde esta perspectiva, vale la pena olvidarse por un momento del supuesto carácter ahistórico del fenómeno urbano, de la idea de que «siempre en la historia hubo ciudades». Lo primero que tenemos que explicar es la trama de las ciudades en las sociedades contemporáneas, sobre todo en las que —para entendernos— denominamos «industriales», o, al menos, las que están en camino de serlo (7). Este corte diacrónico, para fijarnos más bien en los elementos comparativos, es absolutamente prioritario en la estrategia actual de la Sociología urbana.

En este sentido, «urbano» es lo que crece. La expansión demográfica, por inmigración, es la característica fundamental de las ciudades modernas. En España, este fenómeno fue detectado ya en 1888 por Cristóbal Botella (8). La tasa de crecimiento poblacional, y no tanto el tamaño absoluto, es lo que condicionaría el hipotético «modo de vida» urbano de un grupo ciudadano. Por eso podemos encontrar tantos hermosos diseños urbanos sin vida, apueblados, decadentes, lugares - museo que sólo revivirán con el turismo.

Este planteamiento dinámico lleva a dos consecuencias prácticas: 1) a que la Sociología urbana se relacione de modo más estrecho con otras «ciencias de la ciudad», y 2) a que se seleccione como problema central el del crecimiento de las ciudades y sus posibles explicaciones y concomitancias. En este segundo aspecto los teóricos de la economía regional y los geógrafos se han adelantado a darnos su versión de los hechos y de ellos habremos de partir.

Casi todas las teorías económicas que tratan de explicar el auge de ciertas localizaciones ur-

(5) Esta idea, común a diversos autores modernos, puede verse, por ejemplo, en Leonard Reissman, *El proceso urbano* (Barcelona: Gustavo Gili, 1970), pág. 222.

(6) Infinitamente reproducido, citado y criticado el famoso artículo puede verse en Paul K. Hatt y Albert J. Reiss, Jr., *Urban Sociology* (Glencoe: The Free Press, 1951), págs. 32-48. Entre las críticas se puede citar la de G. Sjuberg, «Comparative Urban Sociology», en R. K. Merton, *Sociology Today* (New York: Basic Books, Inc., 1949), págs. 341 y ss.

(7) Este es el argumento central del libro de L. Reissman, ya citado.

(8) Cristóbal Botella, *El problema de la emigración* (Madrid: Tipografía de los Huérfanos, 1888).

banas (desde la teoría del «lugar central» hasta las de la «base económica») se pueden resumir en el siguiente enunciado: *la probabilidad de que una ciudad crezca será mayor cuanto más alta sea en ella la concentración de actividades económicas favorecidas por la relación real de intercambio con el exterior.* En un tiempo esas actividades fueron la industria movida por el vapor y el comercio con las colonias. Hoy, sin duda, las actividades más ventajosas en los términos comerciales son las que emiten información, las que producen ideas o piezas de cultura. De ahí, entre paréntesis, lo difícil que resulta hoy contrarrestar el imperialismo (que no otra cosa es la ventaja en la relación real de intercambio) con nacionalizaciones de plantaciones, minas o incluso fábricas. En nuestros días la ventaja real está de parte de los centros emisores de ideas, mensajes, noticias, datos, símbolos. El crecimiento urbano es función de la capacidad de comunicación.

Una consecuencia importante de lo anterior es que, una vez disparado el proceso urbanizador, la ciudad, al concentrar más y más servicios y sobre todo la «industria cultural», se convierte en la principal *fuerza* de la futura expansión. Al ser un proceso cerrado su éxito está asegurado. Esta es la razón principal por la que el crecimiento urbano y metropolitano no parece tener fin. Este proceso en espiral ha sido documentado para España con notable precisión en los trabajos de R. Perpiñá y Díez Nicolás, entre otros.

Los razonamientos de los economistas y geógrafos se pueden aplicar con singular interés a un país como España, de todos los del mundo, uno de los que más destacan por el adelanto que el proceso de urbanización presenta sobre el de industrialización. Otra de las razones por las que el estudio de la estructura urbana española excita la curiosidad del investigador es el hecho, aparentemente anómalo, de que la mera ordenación de las áreas metropolitanas por su tamaño dista bastante de representar el tipo de curva paretiana que se deriva de la teoría del *rank-size*, comprobada ya en 1913 por Auerbach para las ciudades alemanas y en 1925 por Lotka para las americanas y después para otros países (9). Esta «ley» podía funcionar para países con una estructura urbana más hecha, en donde se diera precisamente un continuo rural-urbano sin oscilaciones demasiado bruscas. Como una consecuencia de las leyes del mínimo esfuerzo y del aprovechamiento más racional de los recursos, es lógico que en esos países «hechos», y además llanos, se produjera una jerárquica ordenación de las ciudades: una gran capital, varias urbes mayores, muchas ciudades medias y muchísimas entidades menores hasta llegar a lo rural.

(9) En términos simplificados esta teoría se puede enunciar con la ecuación $M=RS$, en donde M es la población de la ciudad más poblada del país, R el número de orden según el tamaño que corresponde a cada una de las siguientes ciudades y S la población que corresponde a cada una de ellas. Véase Ralph Thomlinson, *Urban Structure* (New York: Random House, 1969), págs. 136 y ss.

Este esquema teórico no nos sirve en cambio para países como España (y podríamos añadir los latinoamericanos y otros muchos del tercer mundo) en donde el proceso de urbanización se ha precipitado de una manera brusca, sin tiempo para cristalizar en una forma más «equilibrada». Un terreno árido y montañoso, una población rala, la centralización política y otros factores históricos y culturales han precipitado en España una peculiar estructura macrocefálica: faltan ciudades intermedias y no hay sola capital. Como en tantos otros aspectos, la situación española es un fascinante campo de observación para el científico social, precisamente por sus irregularidades, por ser en verdad una sociedad algo «diferente».

El primer dato sorprendente es que, con el criterio más crudo de la población que reside en municipios de más de 20.000 habitantes, el nivel de urbanización que corresponde a España, hacia 1960, es comparable al de Italia, superior al de Francia, muy superior al de Portugal, y se encuentra en general bastante por encima de la media europea. La detención industrial que supuso en nuestro país el período de la guerra civil de 1936-39 y la II guerra mundial no afectó en absoluto al proceso urbanizador. Consecuencias de estos desequilibrios son la peculiar presencia de las «agrocidades» en el Sur, y las zonas de «barraquismo» o «chabolismo» en las grandes metrópolis. El problema se complica porque la población se dirige precisamente de un tipo a otro de extremo: las «agrocidades» meridionales se despueblan, desaprovechando con ello una excelente infraestructura urbana, para crecer en cambio los cinturones suburbanos (en el sentido español) de las grandes ciudades del Norte, casi totalmente desasistidos de obra de infraestructura. Este forzado y necesario paso representa, sin duda, el coste más desproporcionado de la industrialización española. Es uno de los problemas más graves con que han de enfrentarse los estudios de los científicos sociales.

La lección de estos hechos para la teoría es que el proceso de urbanización (en un país como España y en general en los países latinoamericanos) es hasta cierto punto independiente del de industrialización. La base rural puede incluso permanecer coexistiendo con ámbitos regionales plenamente urbanizados. Esta singular contradicción es fuente de muchas tensiones. La ciudad en España es la dialéctica campo - ciudad.

3. La comunidad rural

Va estando claro que lo rural es un concepto residual, sólo inteligible cuando se le examina a la luz del proceso urbanizador. Ese examen requiere, además, el olvido de una serie de leyendas piadosas sobre la vida rural. La existencia humana en los pequeños pueblos, aldeas, cortijos o caseríos diseminados no equivale necesariamente a relaciones estables, a felicidad, a resistencia a las innovaciones, a homogeneidad. Es cierto que lo rural es también lo simple,



el *habitat* reducido y/o disperso, pero no es el lugar de una supuesta integración frente a los «males» de la ciudad. En nuestra particular historia, las tensiones colectivas de la campiña andaluza se pueden parangonar con toda justeza con los máximos estallidos sociales de la primera revolución industrial. Las guerras carlistas son en nuestro país la expresión más acabada del conflicto entre la España rural y la urbana.

La nostalgia del campo es completamente utópica. La vida rural sólo es practicable y deseable en nuestros días si se accede a ella por carretera, es decir, por la prolongación de la calle urbana.

La comunidad rural es, en esencia, el modo peculiar de asentamiento y de relación de las sociedades pre-industriales, fuera de los elementales centros de poder, burocráticos y comerciales que en ellas existen de modo excepcional. Su estudio requiere, casi por necesidad, técnicas antropológicas. En las comunidades rurales viven nuestros «contemporáneos primitivos», y esta alusión cronológica y cultural indica que en cada sociedad existirá un nivel distinto para demarcar lo rural. En los países en transición industrial y que han superado la transición demográfica —como es el caso de España— lo rural equivale a lo que pierde población; de ahí su asociación con disolución, degradación, decadencia. Por eso un autor como Lefèbvre sostiene que en este tipo de países ya no tiene mucho sentido hablar de «reforma agraria». Lo que empieza a tener una verdadera significación revolucionaria es la «reforma urbana» (10).

Esa apariencia residual y decadente no resta importancia analítica al fenómeno rural. Al contrario, sucede la paradoja de que el ímpetu urbanizador se apoya en la capacidad productiva de las actividades agrarias, mayormente localizadas en las comunidades rurales. Sólo cuando un «campo rico» es capaz de liberar un excedente notable de población agraria, se pone en marcha de modo definitivo el proceso urbanizador. Este movimiento no hace falta que ocurra dentro de una misma región o país; a veces el área de influencia de una gran urbe se extiende en alguna medida a varios países o eventualmente al mundo entero. La explicación de la ciudad de Nueva York no está desde luego en el desarrollo del Estado de Nueva York.

Los desfases que se producen en todos estos procesos conllevan contradicciones sumamente chocantes. «Donde no puede vivir un árbol, no deben vivir las personas» fue el principio en que se basó la famosa Ciudad Lineal de Arturo Soria (11). Pero la historia del Madrid de este siglo ha sido muy diferente de lo que propuso nuestro primer utopista.

(10) Henri Lefèbvre, «L'urbanisme aujourd'hui. Mythes et réalités», *Les Cahiers du Centre d'Etudes Socialistes*, n.º 72-73 (sept.-oct. 1967), pág. 6.

(11) George R. Collins y Carlos Flores, *Arturo Soria y la Ciudad Lineal* (Madrid: Revista de Occidente, 1968), pág. 281.

Mario Gaviria se refiere con gracia a la paradoja de ciertos *standards* industriales que exigen, para que puedan funcionar adecuadamente las fábricas, oficinas, invernaderos, etc., unas condiciones de «habitabilidad» tan estrictas que superan casi siempre a las que rigen en la mayoría de las viviendas rurales. El contraste llega hasta lo cómico en el caso del pueblo aragonés, cuyas gallinas han de beber un agua mucho más «potable» que la que toman los propios habitantes (12). En este ejemplo concreto y extremo, la industrialización se ha antepuesto a la urbanización del modo más radical. Pero el resultado de esta especie de desequilibrio no se hará esperar en la forma de la tentación del «éxodo rural», la verdadera fuerza que da vida a las ciudades en los países periféricos o semi-industriales.

4. La vida en la ciudad

Una gran metrópoli no lo es sólo porque acumula un volumen notable de población, sino porque es la sede de muchas decisiones, es el lugar donde suceden las cosas que llamamos importantes y donde se distribuye una gran cantidad de información de todo tipo. La gente no es tan estúpida que busca residir en las grandes urbes porque encuentre un especial placer en vivir hacinada. La gente sabe que es más probable realizar una vida humana si mora en los lugares donde las decisiones importantes se toman, donde se acumula la inteligencia y la información (un tipo de bienes cuyos costes de transporte son los más altos de todos) (13). Ello supone más puestos de trabajo mejor remunerados, comunicaciones más rápidas, centros educativos más adecuados. Mientras los seres humanos tengan que organizarse con recursos escasos y mientras amen el progreso, la tendencia urbanizadora hacia las grandes metrópolis es algo irreversible. Y parece que los recursos escasos y el deseo de progreso los tendremos siempre con nosotros.

Cuando en un país como España los críticos se asustan y se escandalizan del impresionante crecimiento de Madrid o Barcelona, deberían tomar nota de que esa expansión metropolitana no ha hecho más que empezar. Los niños que ahora van a la escuela en Madrid conocerán un área metropolitana de 10 ó 12 millones de habitantes. Lo grave es que ninguna autoridad territorial se ha decidido a pensar que este evento es muy probable. Nadie quiere anunciar la profecía que se cumple a sí misma.

El crecimiento de las ciudades no sólo se asegura por factores de racionalidad económica. La gente prefiere vivir en un sitio, a pesar de que los costes puedan exceder a los beneficios económicos, por razones (o «sinrazones») de tipo

(12) Mario Gaviria, *Campo, urbe y espacio del ocio* (Madrid: Siglo Veintiuno, 1971), pág. 320.

(13) Véase Peter Hall, *The World Cities* (New York: McGraw Hill, 1966), pág. 239.

afectivo, sentimental, simbólico; por ejemplo, porque allí nacieron, se trata de una zona distinguida, el barrio suscita buenos recuerdos, etc. Este es un elemento que los ecólogos urbanos no suelen tomar en consideración, pero que debe contar mucho en la biografía de algunas ciudades, quizá más en las europeas que en las americanas (14). Las ciudades crecen también porque representan símbolos culturales, no sólo porque realizan funciones económicas. Madrid, sin ir más lejos, es un buen ejemplo. Por eso no es irrelevante para el planificador urbano estudiar cómo se conducen en la vida íntima y cotidiana los ciudadanos.

Se ha dicho mil veces que la vida urbana es la racionalidad suma. En efecto, el símbolo histórico de la ciudad es el reloj; el reloj que impone la administración del tiempo medio sobre la sumisión al tiempo cósmico, que es el que reina en el campo. El reloj comenzó siendo de torre, porque la Iglesia y los Ayuntamientos medievales fueron las primeras instancias racionalizadas de Occidente. Pero en nuestros tiempos el reloj urbano es el que se instala en la muñeca de cada ciudadano. El inmigrante que llega del campo siente en seguida la atracción de su primera compra urbana importante: el reloj de pulsera. La decisión no es del todo racional: pocas veces necesitamos medir nuestro tiempo al segundo como lo hacen los cronómetros usuales. El reloj es en este caso un símbolo de *status*, el símbolo de que se ha entrado en la movieda escala estratificadora del sistema urbano. Sucede, además, que los relojes se sincronizan a distancia, por la hora oficial que recibimos por el teléfono, la radio o la televisión. Hay como una neurótica necesidad de estar poniendo continuamente los relojes en hora. Y esto tampoco es demasiado racional.

Al tratar de la racionalidad o irracionalidad de la vida cotidiana en las ciudades se suele exagerar el tipo de relación segmentalizada, anónima, desprovista del hábito del grupo primario, que los clásicos del tema (Simmel, Park, Wirth, etc.) atribuyen a las relaciones interpersonales en el medio urbano. Pero esto parece más la apreciación del viajero que contempla la calle de una populosa ciudad, que la experiencia del que en ella vive. Lo que ocurre es que los contactos cara a cara, primarios, íntimos entre los ciudadanos son muy diferentes de los que suceden en una pequeña comunidad rural, pero no por eso son menos frecuentes o intensos. Al contrario, la mayor probabilidad de *elegir* las personas para esos intercambios, es algo que posibilita la gran ciudad en una insuperable medida, y con ello se logra un grado de intimidad, profundidad y espontaneidad en las relaciones interpersonales, como nunca se pudo soñar en el tipo de vida

más estrecha que tiene lugar en la atmósfera rural. Los «odios familiares» que genera esta atmósfera son desde luego un tipo de relación primaria difícil de encontrar en la gran ciudad. Hans Paul Bahrdt insiste precisamente en que la comunidad rural permite menos una relación directa de persona a persona, al entrometerse el *status* dominante que fija sólo un aspecto de cada una de las dos personalidades que interactúan (15). Desde luego, esta es la impresión estética que obtenemos al comparar la «alta comedia» con un «drama rural», incluso en un mismo autor, como puede ser Jacinto Benavente. No es sólo una abstracción artística. Los personajes del mundo rural están en verdad como «acartonados», carecen hasta cierto punto de «vida privada». La privatización de la vida fue el descubrimiento de los primeros habitantes de los burgos. Es curioso que la *intimidad* haya terminado siendo una virtud urbana, aunque pueda verse también como radical y nueva *soledad*.

5. Problemas de integración comunitaria

Como todo proceso de cambio, el de urbanización puede llegar a suponer graves desencantos y alteraciones emocionales a nivel individual. Este es el factor de desintegración social más conocido, pero no es el único que cabe detectar en la vida ciudadana.

Un fenómeno notable es la guerra psicológica que se ha desatado en nuestros días en nuestro país contra la ciudad, digamos, tradicional. La promueven (éste es el verbo, sin duda) los intereses de la revolución del ocio. Se trata de vender la «segunda residencia» en la campestre «urbanización». Confluyen las ideologías de vuelta a la naturaleza, privatismo, intereses individualizados, segregación ocupacional, etc. Se presenta un insospechado problema de integración de esas nacientes «urbanizaciones» (con tendencia a ser la única residencia, esto es, poblados - dormitorio) con el casco urbano, en donde acabará por residir la clase obrera y las familias en decadencia. Resulta curioso y paradójico que la mejora en el mercado de vivienda contribuirá a la mayor segregación ocupacional de los barrios.

De momento las «urbanizaciones» en España no pasan de ser en su mayoría «campo parcelado», que se ofrece con altísimos beneficios a la voracidad de terreno que se ha despertado en la nueva clase media ascendente, quizá como añoranza de las tierras agrícolas sin valor, que dejaron de ser patrimonio familiar. Las «urbanizaciones» no ofrecen tanto una casa y menos una ciudad, como una parcela, esto es, un sitio donde asentarse.

Las «urbanizaciones» españolas son más zonas de residencia secundaria que *suburbia* al es-

(14) Un temprano reconocimiento de este factor valorativo en la configuración de Boston puede verse en el excelente trabajo de Walter Firey, «Sentiment and Symbolism as Ecological Variables», en P. K. Hatt y A. J. Reiss, Jr., *Reader...*, cit., páginas 233-244.

(15) Hans Paul Bahrdt, *La moderna metrópoli* (Buenos Aires: Eudeba, 1970), pág. 54.



tilo americano o inglés. La diferencia está en que en nuestro país no puede funcionar el sistema de *commuting* (vivir en las afueras, trabajar en el centro) por la precariedad de los transportes, la existencia de la jornada partida, el bajo nivel de vida, la inadecuación de los servicios urbanos, etc. El gusto por vivir en el centro es una pauta cultural todavía muy fuerte, entre nosotros, quizá como consecuencia de que la mayoría de los «ciudadanos» lo son todavía de la primera generación. Cazorla ha aludido recientemente a este condicionamiento cultural (16).

Otro aspecto ideológico que se enfrenta a la organización urbana lo representan los *ensayistas*. A falta de un nombre mejor, con éste quiero agrupar a la mayoría de los profesionales que escriben sobre temas urbanos. Simplemente *no* les gustan las ciudades actuales y menos aún las nuevas «urbanizaciones». Su actitud hipercrítica no ayuda mucho a ver cómo puede evolucionar la ciudad. Cuando este ensayismo pretende sustituir a la Sociología urbana, nos encontramos quizá con el más serio obstáculo para el desarrollo de nuestra disciplina. Piénsese lo que hubiera significado para la Sociología industrial el quedarse en la literatura sobre la fealdad e inconvenientes de las fábricas y las máquinas. Desgraciadamente, la mayor parte de la bibliografía sociológica sobre la ciudad no trasciende de esta suerte de ensayismo. En España no podemos echar la culpa a la falta de antecedentes serios, puesto que las investigaciones de Cerdá o Arturo Soria se adelantaron a su tiempo en precisión y en imaginación. Por desgracia esta línea de trabajos no continuó.

La consecuencia más grave no es el lento desarrollo de una ciencia, sino que los problemas urbanos se quedan sin resolver a base de literaturizarlos.

Pero todo esto no nos debe hacer oscilar hacia el peligro contrario: la estéril tecnificación de los problemas. Manuel Castells denuncia justificadamente la tendencia a convertir en «urbanos» la mayoría de los problemas que antes se consideraban simplemente como «sociales», según él, «aquellos cuya solución para el conjunto de los miembros de la sociedad requiere una movilización colectiva de los recursos» (17). La conversión, claro está, no es inocente. Parece como si lo urbano se despolitizara y adquiriera de pronto una manipulabilidad técnica que suscita la esperanza de poder resolver los problemas sin atender a los fundamentos básicos del orden establecido. Conviene que los sociólogos despejen esta ilusión, porque los problemas de organización de la vida urbana son también políticos, e incluso a veces básicamente políticos. No vayamos

a terminar en que el urbanismo es el modo de vida... de los urbanistas.

Para Castells, «la ciudad es el mundo de la elección, del intercambio, de la innovación» (18). Ello conlleva movilidad, segmentación de roles, uso continuo de símbolos. La desintegración o marginación urbana se produce cuando determinados individuos no son capaces de asimilar ese ritmo. La ciudad hace de aceleradísimo instrumento de selección. Sin la intensa vida urbana no se podría concebir el desarrollo de las formas de vida que han caracterizado de modo tan peculiar a las sociedades modernas. La ciudad produce más desorganización porque produce más de todas las cosas. No es legítimo subrayar sólo una de esas líneas de productos. Si así se hiciera llegaríamos a la extraña terapéutica de tener que suprimir los automóviles para acabar con los accidentes de tráfico.

Los fenómenos de desintegración urbana se han solido tratar desde el lado del individuo marginado: prostitución, delincuencia, neurosis, etc. Quizá sea éste el fenómeno más llamativo y urgente, pero no hay que olvidar que es también desintegración el que la ciudad se convierta en objeto de especulación a favor de unas pocas personas a costa de los sacrificios para los más. Mario Gaviria, por ejemplo, se ha referido con gran claridad al hecho de la «corrupción» administrativa que domina en la ejecución de los planes urbanos de muchas ciudades españolas. Presupone acaso un conflicto mayor que el que un análisis marxista registraría en las estrictas relaciones laborales (19). El resultado es esa sensación colectiva de incomodidad que nos produce el tono de vida y de relaciones que tienen lugar en las grandes áreas metropolitanas.

6. Planeamiento urbano y desarrollo comunitario

La ciudad industrial fue en su origen una organización bien trabada donde asentar el proceso de producción capitalista. En ese escenario se dieron los primeros conflictos obreros y también la institucionalización de los sindicatos y partidos de clase. Pero hoy en día la ciudad industrial ha hecho crisis. Su desarrollo espontáneo no es suficiente. La organización del proceso de consumo es ahora lo importante (20). Se buscan fórmulas nuevas para que ese proceso se desarrolle sin demasiadas contradicciones en el receptáculo urbano. La institucionalización del ocio, la justa y eficaz administración de los servicios urbanos, la preocupación de los ciudadanos por su comunidad, el control de las plusvalías del suelo, la democratización de la gestión política a nivel de ciudad, todos esos son hoy problemas im-

(16) José Cazorla, «Las subculturas rural y urbana», en Confederación Española de Cajas de Ahorros, *Sociología española de los años setenta* (Madrid, 1971), págs. 545-580; pág. 550.

(17) Manuel Castells, *Problemas de investigación en Sociología urbana* (Madrid: Siglo Veintiuno, 1971), pág. 8.

(18) M. Castells, *Problemas...*, cit., pág. 38.

(19) Mario Gaviria, *Campo, urbe y espacio del ocio* (Madrid: Siglo Veintiuno, 1971), págs. 169 y ss.

(20) Esta idea puede seguirse en M. Castells, *Problemas...*, cit. págs. 9 y ss.



Algunas ideas sobre la moderna sociología de la ciudad

portantes y de momento nos parecen casi irresolubles. Después de un fabuloso desarrollo en los sistemas de transporte, hay que reconocer, con Doxiadis, que en las ciudades actuales no hemos logrado superar apenas la velocidad media de las personas que durante muchos siglos han estado trasladándose a lomos de caballo. Es sólo un ejemplo del más fabuloso derroche de toda la historia de la organización social (21).

Este hecho es el que obliga a la Sociología urbana a ser un campo más comprometido que el de otras especialidades más canónicas. No se trata sólo de *conocer* la ciudad, sino de aportar técnicas, procesos y relaciones para mejor *actuar* sobre la conformación futura de las ciudades. Los líderes del planeamiento urbano o del desarrollo comunitario no tienen por qué ser sociólogos, no deben serlo incluso, pero es evidente que necesitan de la Sociología.

En este sentido, es claro que las ideologías de los propios sociólogos empiezan a ser importantes y hasta peligrosas. Una que lo es mucho es la inveterada predisposición a ensalzar las ciudades pequeñas y medias, las «ciudades - jardín», que fueron el *desideratum* de los primeros planificadores urbanos y en los que se concretan casi todas las utopías. El supuesto de esta querencia es el gusto paternalista por las condicio-

(21) Constantinos A. Doxiadis, *Entre dystopia y utopía* (Madrid: Ed. Moneda y Crédito, 1969), pág. 28.

nes parciales de integración social, lo que se denomina en la jerga funcionalista *pseudo - Gemeinshaft*, la falsa comunidad integrada. Es de temer que la mayor parte de los experimentos de «desarrollo comunitario» tramitados en nuestro país apenas hayan superado esta fase ideológica.

En contra del sentir más generalizado en España, Mario Gaviria representa el punto de vista más radical de los partidarios de las grandes ciudades, entre los cuales me incluyo. Sus hipótesis se resumen en estos breves enunciados:

- «No hay óptimo urbano.
- Las áreas urbanas más grandes del mundo se siguen ampliando en extensión.
- No hay criterios objetivos para medir la congestión de la vida urbana.
- No debe confundirse gran ciudad con caos urbano.
- La gran ciudad es la libertad.
- Todas las tendencias actuales parecen indicar un futuro crecimiento de las grandes ciudades» (22).

He aquí un excelente prontuario de ideas para iniciar la gran investigación sociológica urbana que está pidiendo la sociedad española. La Sociología urbana tiene que dejar de ser académica, ahora que empieza a ser académica. ■

(22) Mario Gaviria, *Campo, urbe y espacio del ocio* (Madrid: Siglo Veintiuno, 1971), pág. 28.

**RECIENTE
PUBLICACION**

EDITADAS POR EL INSTITUTO
DE ESTUDIOS DE ADMINISTRACION LOCAL



uevo urbanismo 10

**Philip L. Wagner
EL USO HUMANO
DE
LA TIERRA**



INSTITUTO
DE
ESTUDIOS
DE
ADMINISTRACION
LOCAL

